

**PREGON
de la
SEMANA SANTA
CARTAGENA 1988**



ANGEL JOAQUÍN LA CRUZ BRAVO

PREGON
de la
SEMANA SANTA
de
CARTAGENA
pronunciado
por
ANGEL JOAQUIN GARCIA BRAVO
el 25 de marzo de 1988
Viernes de Dolores
en el salón de Plenos del
Excmo. Ayuntamiento
de Cartagena.

Publicación patrocinada
por:



Caja de Ahorros de Alicante y Murcia



SANTISIMA VIRGEN DE LA CARIDAD
PATRONA DE CARTAGENA

Hoy, Viernes de Dolores es el día grande de Cartagena. La festividad de nuestra Patrona, unida al inicio de las incomparables procesiones de Semana Santa de esta Ciudad, tres veces milenaria, dan a esta tierra mediterránea, Capital de la Costa Cálida y encrucijada de civilizaciones, un aire nuevo, a través del que aflora, de la forma más singular, su peculiar idiosincrasia.

Como pórtico a nuestra Semana Mayor, desde el salón de Plenos del Palacio Consistorial, un año más, como es tradicional, se ofrece el Pregón Oficial de la Semana Santa de Cartagena, pronunciado en esta ocasión por el poeta Angel Joaquín García Bravo.

Este libro recoge ese pregón, lleno de lirismo que guarda en sí todo el sentir de quien, cartagenero y procesionista, ha vivido desde siempre nuestra Semana Santa.

A lo largo de estas páginas, podrás recrearte entre añoranzas y vivencias, encontrando en cada una de ellas, como canta el pregonero, "un recorrido en el espacio y en el tiempo, para

revivir el paisaje inolvidado
que avalora el fulgor de las cartelas,
las ordenadas líneas paralelas
de cada tercio, en luces constelado;
el cercano horizonte iluminado
y la llama ondulante de las velas;"

García Bravo deja aquí escrito para siempre el verbo encendido de su pregón de la Semana Santa 1988.



25 de marzo de 1988
Antonio Vallejo Alberola
Alcalde de Cartagena

Me he visto, calle de Saura arriba, hacia el "Patronato" —ese colegio donde nació la Agrupación de la Santa Agonía—, luciendo un lazo morado de "a perra gorda", que, inevitablemente, me arrancaba un condiscipulo californio, para gozo y lucro del vendedor de los de los dos colores... Yendo con mi madre, que Santa Gloria haya, a la puerta de Santa María, por la calle de San Miguel, para esperar a mi padre que, cansado y satisfecho, salía, llevando un "ramico" de flores del trono de "El Jesús". Mi madre cogía el ramillete, y yo, de regreso a casa, me calaba el amplio capuchón, soñando hazañas de procesionista impar...

Me he acordado de aquel Viernes Santo —primero en mi memoria—, en que, vestido de nazareno, me negué rotundamente a integrarme en la procesión, dominado por el miedo que me inspiraban las, para mí altísimas, figuras de los encapuchados... De las artimañas que ponía en juego para, deslizándome por entre el gentío, conseguir colocarme en la vertical del balcón del edificio de Correos —en la Plaza de San Francisco—, a fin de recibir la perfumada lluvia del agua de colonia que arrojaba Pilatos...

Me he acordado de la primera vez que vestí el traje de "capirote" —en los gloriosos tiempos del "cable" y del "portafuelles"—... Del aroma de alhelíes, inevitablemente blancos, que anunciaba, en brazos de la brisa, la proximidad del trono de San Juan... De las ofrendas florales que, como "Capillero" marrajo, hacía a la Virgen California, finalizada la Novena que los "morados" ofrendábamos a nuestro Titular, Nuestro Padre Jesús Nazareno...

Los recuerdos, las evocaciones, no me han dejado desde entonces, conmigo están ahora, volviendo al presente de estos instantes que vivimos.

Por eso, hoy y aquí, ante vosotros, tan enamorados de las glorias de nuestra Cartagena, deseo fundir mi corazón con el vuestro, en uno sólo —"cor unum et animam unam"—, un solo corazón, entrañablemente cartagenero, que vive, late y siente, única y exclusivamente por esta ciudad que, cabe el "Mar de Enmedio" de los romanos, un día, muchos siglos atrás, extendió la arenosa alfombra de sus playas de Santa Lucía ante las plantas de Santiago, el "Boanerges" que trajo la luz del Evangelio para España.

¡Gracias! Os doy las gracias por esta designación, no con un párrafo de gracias, sino diciendo escuetamente, ¡Gracias! Como corresponde al eufónico y acendrado estilo castrense de nuestros cortejos Pasionarios. Sencillamente gracias, porque al nominarme pregonero, me permitís volcar en palabras todos los sentimientos que, desde siempre, guardo, todo el entusiasmo y todo el cariño que siento por lo que son, contienen y significan las jornadas que, hoy, iniciamos para Cartagena, y con Cartagena.

Quiero, con vuestra venia, dedicar este pregón, en primer lugar, a Santa María, Madre de Dios y Madre Nuestra, en su entrañable advocación de Nuestra Señora de la Caridad (que, hoy, es su fiesta y, por ende, fiesta de todos nosotros, sus hijos; doblemente día feriado por estar en el Año Santo Mariano, al-boreando ya el Segundo Milenio de Nuestra Redención).

Con vuestra venia, quiero ofrecer este pregón a Cartagena, a nuestra Cartagena, capital y fundamento de la Empresa España de Amilcar, madre de los Cuatro Santos, y cuyo nombre se repite en otras treinta y cuatro Cartagenas repartidas por el Mundo, como un himno de amor a esta Ciudad...

Y quiero, si me lo permitís, ofrecer estas frases mías a mi esposa, que tanto sabe de soledades en mis jornadas procesionales; a mis hijos, penitentes unos y Caballero Portapasos del San Juan y Marrajo otro, y a mi padre; porque ella comprende mis actividades, ellos siguen mis aianes y perpetúan mi vocación cofra-

diera, y él supo enseñarme a amar a Santa María, a querer a nuestra Patria Chicua, y a sentirme siempre profundamente enamorado de nuestra Semana Santa y de la maravilla de nuestras procesiones.

“Todavía las linternas sordas, las que lleváis en vuestros escudos, están encendidas. ¡Que las he visto yo! (Comenzaba así Carlos Ferrándiz Araujo su discurso de Mantenedor de los Juegos Florales del Cincuentenario de la Virgen del Primer Dolor), y yo, con él, os digo que he visto, también, encendidas las linternas sordas en las medallas Californias, sangrantes las coronas de espinas de los escudos Marrajos, resplandecientes las cruces de las medallas del Resucitado, y palpitantes los treinta y tres corazones que campean en el de Cristo, de los escapularios de los Cofrades del Socorro; que he visto a las míticas aves Cofradieras; las Águilas Sanjuanistas, Marrajas y Californias, y el Ave Fénix de la Agrupación de “La Aparición de Jesús a la Magdalena”, planear sus vuelos sobre las cinco colinas, para acercarse, mayestáticamente, a la cúpula del Templo de Nuestra Patrona.... Que he visto a Judíos y Granaderos velar sus armas en la Torre Ciega, en las Puertas del Muelle, de Murcia y de San José, en el Parque de Torres, y en los faros de Navidad y Curra, y que he visto también que, mientras

“Desde Santa Lucía a Los Molinos,
“y desde San Antón a Los Dolores,
“la brisa es un conjunto de colores,
“una ebriedad de músicas y trinos”.

la Ciudad entera se adecúa, se prepara, se pone, en suma, su rostro de Semana Santa, para vivir esas sus noches de bodas con la luz y el color, con el ritmo y la penitencia, con la Fe y la oración, que son nuestros cortejos pasionarios.

¿Recordáis a aquella niña, protagonista de una de las “Figuras de la Pasión del Señor”, de Gabriel Miró, que, llena de Fe, le pidió a Cristo: “¡Que mi enredadera tenga flores, Señor!”...

Dice el autor que, precisamente en la primera Semana Santa del Mundo, cuando Jesús, cargado con el madero de la cruz, patíbulo entonces, símbolo glorioso, ahora, de su victoria y de nuestra Redención, subía hacia el Gólgota, al pasar por delante de la choza en que la niña vivía...

—“¡Ya te dije que vendría!”—

Floreció la planta estéril... Y empezaron a existir unas flores que tenían en sus cálices la corona de espinas, los clavos, la copa de la última Cena... Los atributos de la Pasión de Cristo...

Que, así, nacieron las “pasionarias”.

Recordando a aquella niña, pensando en su Fe sin límites, hoy, apenas extinguido el eco de la última Estación del Vía Crucis que, procesionalmente, rezan los Hermanos del Santísimo y Real Cristo del Socorro, desde las ruinas de la Catedral Antigua, hasta el templo de la Caridad, me he acercado al altar —y trono— desde donde Ella, maternalmente, nos cela, y le he pedido que, en su Omnipotencia —Omnipotencia Suplicante— ordene a las palmeras de “El Lago” y de la Calle Real, y a los olivos de La Magdalena y de San Isidro, que desgajen sus mejores ramas para agitarlas triunfalmente, al aire, pasado mañana, marcando el compás de los infantiles tercios californios, entre “Hosannas” a Jesús en su entrada en Jerusalem; que ordene a las abejas, habitantes de las colmenas de nuestro Campo, que elaboren su mejor cera para las velas de los tronos de la Santísima Virgen de la Piedad y del Amor Hermoso, para las tulipas de la Virgen

del Primer Dolor, de la Soledad, de la Soledad de los Pobres, para las del trono de "El Jesús", —"Jesús de los Pescadores"—, para las de las Santas Mujeres, y para los hachotes de los penitentes del Lunes, Jueves y Sábado Santos... Le he pedido que ordene a los ángeles limpiar los cielos de nubes y preparar los más refulgentes luceros de las más luminosas galaxias, para engazarlos en las coronas y en los mantos, en los bordados y en los pendolaques tintineantes...

Y le he suplicado a la Virgen que ordene a Cefas, el celestial portero, que, antes de emprender viaje a esta ciudad nuestra, para hospedarse en el Taller de Cañones de El Arsenal, descorra los celajes del cielo, a fin de que Marcos Sanz, Manolo Flores, Anheroso y Fuente El Sol, Muñoz Delgado y Ramos Carratalá, Cleto, Tarín y Romero Font, Evaristo, Bonet y Juan Calero, Antonio Velasco y Portela, Diego García y Juan Jorquera, Meseguer, Alesón, Bastida y Paco Bueno... y tantos otros cartageneros cuyos nombres no cito, pero que suben, a borbotones, desde mi corazón hasta mis labios, puedan asomarse, sin impedimento alguno, a contemplar nuestros desfiles pasionarios; para que, desde aquí, pueda decirles, emocionadamente

Ahora suena la marcha, nuestra marcha!...
¿No es verdad que la oís desde los cielos...?
¿No es verdad que los ángeles comentan
lo bien que van los tercios...?

Hablaros de procesiones, de nuestras Procesiones, me parece superfluo porque todos, y cada uno de vosotros, sabéis más de ellas que yo, las sentís en el fondo de vuestros corazones y las vivís a cada instante, con el legítimo orgullo de quien sabe el rango preferente que ocupan entre el conjunto de las procesiones de la Semana Santa Española; pero quisiera que, vosotros y yo, embarcados en esa maravillosa nave, en esa alfombra mágica, del ensueño y la imaginación, hiciésemos, aquí y ahora, sin movernos de este lugar, un recorrido en el espacio y en el tiempo, para

revivir el paisaje inolvidado
que avalora el fulgor de las cartelas,
las ordenadas líneas paralelas
de cada tercio, en luces constelado;
el cercano horizonte iluminado
y la llama ondulante de las velas;
los negros morriones; las rodela,
el redoble del cuero destemplado...
El paso del callado penitente,
cada sabor de cada caramelo,
el aroma fragante de la rosa,
los tronos que desfilan lentamente
y las marchas que trenzan suave vuelo:
"Virgen del Turco", "Mektap", "Dolorosa"...

Vamos pues, con los ojos del alma, que ven más que los de la cara, a tomar buena nota del rítmico orden, del rítmico paso de los Tercios Infantiles del Domingo de Ramos



Jesucristo, el Rey-Mesías,
en la pollina cabalga...
Niños californios vienen
dándole escolta gallarda
y el "Leveche" y el "Jaloque"
ponen un rumor de "Hosannas"...

Vamos a recorrer Cartagena juntos, acompañando a la Santísima Virgen de la Piedad —el Lunes Santo—, dándole a la Virgen gracias, y pidiéndole ayuda, desgranando las cuentas del Rosario, hasta la iglesia de nuestra Patrona, y allí, vamos a contemplar, estáticos, cómo el trono gira hasta orientar su proa —proa de nave mariana—, hacia el presbiterio... Las dos imágenes cara a cara... ¿Verdad que parece que la Virgen de la Caridad se mira en un espejo...?

¡Cuánto dolor, Señora, te aprisiona!
¡Ya tienes en tus brazos a Dios muerto!
Ya, en el Divino Corazón abierto,
pones tu Corazón y tu corona.

En el punto final de la hora nona
tienes en tu regazo el cuerpo yerto
del Fruto desgajado de tu Huerto,
ya otro dolor, a tu dolor se abona.

Ya está en tu corazón la sexta daga
que en la forja cruel del sufrimiento
agudizó el dolor que te enajena.

Ya viendo cada herida y cada llaga
muestras la credencial de tu tormento
y se une a tus dolores Cartagena.

Vamos, el Martes Santo, a las puertas del Arsenal, antes de que San Pedro, "Pedro Marina Cartagena", pasada la revista de "francos de paseo" transponga los castrenses dinteles con la bizarra escolta de su Agrupación, para encontrarse con los hermanos "Boanerges", —San Juan y Santiago—, que iniciaron sus respectivos recorridos desde el Parque de Artillería y el Gobierno Militar...

El Arsenal desgrana en campanadas
el instante crucial, estremecido,
en que PEDRO MARINA CARTAGENA
en conjunto de flores y de ritmo
marca la singladura de su tercio
apuntando misterio al mar tranquilo...

Callados penitentes, en las noche,
con una flor de luz en cada cirio,
sumergen sus capuces en aromas
de rosas, de claveles y de lirios.



En la Plaza de Armas, las palmeras
tejen dosel de clorofila vivo
y el gallo de San Pedro lanza el canto
de triple negación, sin un sonido...

Un torrente de luz de calle a calle
y un conjunto de flores y de ritmo...

¡Ay, que PEDRO MARINA CARTAGENA
el de la barba de nevado armiño,
marca la singladura de su tercio
desde el cénit del trono florecido!

Vamos, con tiempo, a "alquilar" las sillas, o a localizar a ese buen amigo que tiene la suerte, para él y para nosotros, de vivir en un primer piso de la calle Mayor o de las Puertas de Murcia, de la Serreta o de la calle del Duque; un piso con amplios, y varios, balcones que, indefectiblemente, se llenarán a rebosar...

Sin perder tiempo, vamos a ocupar nuestro sitio —tras presenciar "el Drama del Pretorio, en la Plaza del Ayuntamiento—, después de ingerir apresuradamente, una frugal cena, o comer un "bocata" en cualquier parte (para más no hay tiempo)—, porque el cohete señalero, pespunteando de grana la altura y de estruendo la brisa, anuncia que

pausadamente, con andar seguro,
luciendo, en las medallas, las linternas,
prendida, entre las anclas, la esperanza
de una ilusión y una esperanza nuevas,
los Californios salen a la calle
en esta noche que a lucir empieza...

Que el oro de la espiga, vuelto raso,
anuncia su esplendor, en dos hileras,
y Los Doce se asombran cuando Cristo
vuelve en Su Carne el pan, sobre la mesa...
(Es la primera Misa de la Historia
y, para el Redentor, su última Cena).

Que van los Californios, esmeraldas
en un bosque de añosas oliveras
mientras los tres Apóstoles se duermen
y un Arcángel de Dios, a Dios consuela.

Que van contigo, Dios, cuando en tu rostro
labios traidores, tu mejilla besan
y van contigo, mientras se derraman
en el suelo del tiempo, las monedas...



Que van contigo, Cristo, estremecidos,
cuando las huestes aprehensoras llegan
y te vacían las manos de milagros
con el roce apremiante de las cuerdas;
cuando te cubre el golpe del flagelo
de ríos de sangre, derramada y negra,
y cuando las espinas te conceden
la sublime expresión de tu realeza...

Con Santiago Boanerges, el Apóstol,
gules y plata, que la luz refleja
cuando, potros de luna, los hachotes
imitan el fulgor de las estrellas...

Cuando el gallo de triples negaciones
quiebra su voz sobre la noche trémula
y Simón-Pedro siente que se rompe
toda la reciedumbre de su piedra...

Cuando la palma del doncel apóstol
—blanco de nieve que los lirios nieva—,
emblanqueece su ruta y su camino
en símbolo de amor y de pureza...

Que van, Señor, contigo y con María,
en esta saga que el ayer clarea,
dejando atrás las voces del pecado
que hacen palidecer a las estrellas,
y poniendo el amor de siete besos
en el fiero puñal que la atraviesa...

Los penachos de Roma, revividos,
se entibian en la brisa que los peina...

Granaderos marciales abren marcha...

Los niños nazarenos te cortejan
y, traspasando alturas, llega al cielo
el canto, hecho oración, de las saetas...

Así, con lentitud y andar seguro,
encendidas —¡lucientes!— las linternas,
prendidas en las anclas la esperanza
de una ilusión y una esperanza nuevas,
los Californios salen a la calle
en esta noche que empieza
mientras brillan los cirios, vuelan flores
y las flores, amáñote, se incendian.

Los Californios van, Señor, contigo
encendidas, —¡lucientes!— sus linternas...

El Jueves Santo Cartagenero... Santos Oficios, Manolas, Monumentos y
-¡Cabildo Marrajo de las Yemas!- oscurece las calles por donde la procesión
pasa...

mientras redobles de cuero
envuelven la brisa trémula
y dos vaivenes de hachotes
se extienden en dos hileras
pintando lumbres de grana
en la grana de las sedas...

¡Jesús prendido, en la noche,
mientras la noche se aterra!

Cartagena se estremece,
de ansiedad, en las tinieblas,

¡Ay, Cristo de los Mineros,
puesto en cruz, sobre la tierra!

¡Ay, Virgen de la Esperanza
entre oraciones de cera!

Los tambores, con sordina
como llanto tenue, suenan.

Una ilusión se revuelve
se atorbellina... Revienta
y se asoma, a flor de labio,
el grito de una Saeta.

"Ay, Virgen de la Esperanza
Santa Madrecica buena:
¿por qué han clavado a tu Hijo
en una cruz de madera?"

Esa canción, hecha rezo
se enreda entre las cartelas.

La noche le ha puesto al Jueves
un horizonte de estrellas,
un perfume de claveles,
un manto de seda negra
y penitentes de raso
en un vaiven de lucturnagas.

Y, después de escuchar —y rezar— el Miserere, broche de la californiana Pro-
cesión del Silencio, vamos, ya entre dos días, el último de la Cofradía encarnada
y el segundo de los procesionistas marrajos, hacia la Lonja del Pescado (pode-

mos encaminarnos por las calles del Duque y de San Diego, detenernos a tomar un café, o un "asiático", según los gustos, en cualquiera de los bares de la Plaza de la Merced, de "El Lago", donde muchos jugamos, de niños, a las bolas y al "chinche-monete", para reponer fuerzas, que la noche es joven y promete, sin solución de continuidad, encadenarse con la madrugada...)

Vamos aprisa, porque

Viene soñando la mar
con reflejos de tulipas
y "tin tin" de pendolaques
y tonos de plata viva,
mientras se pintan de aurora
las ondas adormecidas...

Vienen las barcas pesqueras
meciéndose en la bahía,
proa al milagro de emociones
que se produce en la orilla

Jesús de los Pescadores,
—"El Jesús"—, a la mar mira
mientras el tambor redobla
y el tercio su marcha inicia,
luciérnagas de oro y raso
formadas en doble fila...

Ciento veinte hombros morados
en las andas se arraciman
poniendo perfil violeta
a la madrugada tibia...

—¿A dónde vais, portapasos...?—

—¡Vamos a Santa María!—

En los buques, las mamparras
vueltas rezo, se encandilan.

—¿A quien lleváis?— —Al Jesús!—

Hay un vuelo de tulipas
reverberando claveles
rojos, de cera encendida
El Pinacho, entre saetas,
su antigua piedra ilumina
y se pueblan los balcones
del Paseo de Las Delicias...

En El Lago, la "Farola"
quiere alzarse, por encima
de la más alta palmera,
para ver cómo se miran
en el Encuentro de Oriente,

Jesús y Santa María...
El alba pone a Los Dos
aureolas de plata fina
y, su luz primera, el rostro
de la Virgen, acaricia
cuando la Salve, cariño
dice a la Madre bendita
y palomas desveladas
vuelos a la altura inician...

San Juan ondula su palma
a los soplos de la brisa
y la Verónica tiembla
de emoción estremecida...

Luciérnagas de oro y raso
avanzando en doble fila,...
tambores pausados, hombros
que a los tronos prestan vida...

¿A dónde vais, portapasos...?
¡Vamos a Santa María!

Con los ojos del alma hemos visto, estamos viendo ahora, la dorada talla barroca de los tronos, la profusa iluminación de las cartelas, las imágenes de Salzillo, de Benlliure, de Coullaut Valera, de González Moreno, de Mengual y de Capuz. La filigrana de cada hachote, de cada bordado, de cada sudario; la cadencia, el ritmo y la estricta disciplina de todos y cada uno de los penitentes.

Con los oídos del alma, que al alma también oye, estáis escuchando las marchas lentas, las notas de La Micaela y el "Perico Pelao", el "pito de los ju-díos"...

Ahora, vamos a comprar caramelos, de esos caramelos del Sepulcro, largos, duraderos, con sabor a fresa y a limón, a naranja y a menta...

Y vamos a instalarnos ya en nuestros puestos, porque la Procesión marraja del Santo Entierro va a salir...

Un "batir" de pendolaques
en palomar de cartelas
donde tulipas de luna
imposible vuelo intentan...

Hachotes en doble fila
con un avión de luciérnagas
y un iris de cien reflejos
que el raso recoge y quiebra...



Heridos de espina y hierro,
los Cristos sus llagas muestran,
abiertos, en cruz, los brazos
sobre las cruces enhiestas
Santa María derrama
llanto de líquidas perlas
y siete palabras –¡siete!–
hacia los cielos se elevan...

–Una voz, entre el gentío
surge vibrante, se quiebra
y vuelve a alzarse a la altura
en canto que llora y reza

–“Para subir al madero
¿Quién me presta una escalera?
¡Quiero quitar las espinas
que a Jesucristo atormentan!”–

El redoble del tambor
se apaga ante la saeta.

–Jesucristo pasa... pasa
llevando la cruz a cuestas...

Desnudo frente al gentío...

Puesto en cruz sobre la tierra
y abierto el pecho a la lanza
que, afilada, le atraviesa...

–Jesucristo pasa,... pasa
hecho pergamino y cera
(trae una mano desclavada
que la Señora sujeta
baja San Juan la mirada,
se postra la Magdalena
y dos palomas de nieve
a la brisa se encadenan...)

Y otra voz...: –“Madre bendita,
Santa Madrecica buena:
¿Por qué han clavado a tu hijo
en una cruz de madera...?”–

Los granaderos, sus armas,
a la funerala, llevan.



La noche pone a la Virgen
una corona de estrellas
y tanto duelo, en su pecho,
siete puñales de guerra
mientras que contempla al Hijo
que, en su regazo, se queda...

Cristo pasa, Cristo muerto,
sobre una losa de piedra,
yacente, como en un sueño
inmenso de noche eterna...

¡Aún lleva en la mano, el pomo
de unguento la Magdalena.

¡Cómo tremola San Juan
la luz de su palma nueva
mientras la luna, en el casco
del centurión se refleja.

Enlutados portapasos
—espaldas de bronce y tierra,
entre tulipas doradas
a la Virgen Madre llevan
(lágrimas candentes corren
por su mejillas morenas).

Los niños abren sus ojos
que en el cansancio se anegan...

Lento doblar de tambores
a la brisa se encadena
y se dividen las calles
en luminosas hileras.

Procesión del Santo Entierro.

Luz de rosario sin cuentas
con padrenuestros de hachotes
y Avemarías de cartelas,
glorias de flores e incienso,
y cruces de luz violeta.

No ha finalizado la saga marraja, aún el Sábado Santo, los símbolos de la pasión se aglutinan en un nuevo cortejo.

Y la Vera Cruz, la Santa Síndone, las Santas Mujeres, el Amor de San Juan y la Soledad de los Pobres, ponen su ritmo y su color en las calles cartageneras.... ritmo de austeridad y penitencia, de duelo y lágrimas.

Luces ascéticas, marchan
silenciosos, los hermanos
y, flor de luz, los hachones
se balancean.

A lo alto
suben acordes.



Los tercios
solemnes, mudos, pausados
escriben líneas de gloria
con claridades de encanto.

¡Cómo brilla la aureola
de los escudos marrajos!

Nosotros, tras la Vigilia Pascual, tras un merecido, pero no muy largo, descanso vamos a adquirir los concos antes de que llegue a nuestros oídos el argentino campanileo de los monagos del Resucitado porque estamos en Domingo y

Porque es, esta mañana de Domingo,
contrapunto feliz del Viernes Santo.

La cruz triunfante, que al arcángel lleva,
irradia luz gloriosa hacia lo alto
y del Sepulcro que selló el escriba
surge Nuestro Señor Resucitado
mientras, estremecidos e insumisos,
huyen, con rumbo incierto, los sicarios.

Magdalena tremola gozos nuevos,
a Jesucristo vivo, contemplando.

Tomás siente su fe robustecida
ante la Santa Llagas del Costado
y Los Dos de Emaús, tras el encuentro
con el Maestro, vuelven al Cenáculo...

El sol pinta una gama de colores
nuevos e incandescentes, en los rasos.

Dan sus notas de plata, campanillas
que agitan en el aire los monagos
y Tiberiades abre sus entrañas
para una nueva pesca hecha milagro...

Las tres mujeres miran, el sepulcro
donde estuvo, de Dios, el Cuerpo Santo.

San Juan Evangelista ya no siente
miedos, ni incertidumbre, y el encanto
de la Señora del Amor Hermoso
pone la nota alegre de su palio.

—Lleva una flor de gozo y de esperanza,
la Virgen del Amor, entre las manos—.

Desde hace exactamente 38 días en que, Miércoles de Ceniza, se revistió la Iglesia de liturgia morada y los Cabildos cofradieros acordaron “echar a la calle” las procesiones, los cartageneros hemos sentido —perdonad la blasfemia hipocrática— que nuestra sangre se volvía temerosamente blanca, acendradamente morada o rotundamente roja, según la Cofradía de nuestras predilecciones...

Y, hemos seguido los necesarios ritos procesionistas: El de la Llamada del Miércoles, la ofrenda a la Virgen, el anuncio a la Virgen, de que habrá procesiones... Los Ritos de las Salves y el Miserere, los de los pasacalles de Judíos y Granaderos...

Pero no sucede eso solamente durante estos días. Esta es la época en que florecen nuestros afanes... El resto del tiempo crecen para adentro... como las raíces de los árboles y las plantas.

Y, así cuando se cierran las puertas de Santa María, detrás del último trono de esta última procesión, comenzaremos a recapitular de nuevo y, de nuevo, a empezar los entusiastas preparativos para una nueva Semana Cofradiera.

Porque cada año, todos los años, en los 365 días de cada uno de ellos hay ambiente procesionista, que "por algo nuestro año es —sólo de dos estaciones: —Preparar las procesiones— y comentarlas después".

Y, por eso, cada año, la mar se vuelve espejo, en nuestro puerto, para reflejar la imagen del Jesús y guardan las palmeras su clorofila para que sean doradas sus ramas y se convierta el Domingo de Ramos en un Aureo palmeral. Por eso, cada año, forma la guardia en el Arsenal, en el Parque y en el Gobierno Militar, rindiendo armas a San Pedro, San Juan y Santiago... Sigue llenándose cada año la Plaza de La Merced, de gente, de tercios, de vuelos de palomas... Invadimos cada año, la Iglesia de Santa María para, incordiando un poco, admirar, y hacer admirar a ese visitante que ocupa la habitación de invitados de nuestros hogares, el esmerado arreglo de tronos... Y las mujeres cartageneras, esas que, —en expresión de Isidoro Valverde—, cuidan una macetica de albahaca en el lugar preferente de sus casas, cada año, cuando esta fechas se aproximan, siguen limpiando y planchando túnicas y capas, previendo la necesidad de sacar algo de "dobladillo", de las de los chavales... Y, cada año, sueñan la procesión —tras la luz de sus ventanas— y presintiendo los ecos armoniosos de las marchas.

Por eso, cuando dentro de pocos días, procesionaria de raso —con vueltas de tercioplelos— y dos hileras de estrellas movidas en vaivén lento —en una saga de ritmo— de penitencia y de rezo —marquen la vía Dolorosa— con hitos de fervor nuevo, cuando veáis, esta vez con los ojos de la cara, el desfile maravilloso de los tercios y la eclosión de luminarias de los tronos, cuando sintáis que el corazón se os sube a la boca ante el Prendimiento de Cristo, o su Agonía, ante el Dolor de la Virgen; cuando las marchas de los Judíos, de los Granaderos, Mek-tub o Dolorosa, pongan salobres humedades en vuestros rostros, cuando veáis a un niño, túnica blanca, morada o roja, —eso no importa—, con los ojos desorbitados de sueño y de emoción, —semilla viva de un futuro procesionista—, que os entrega una estampa o un caramelo, os pido que recordéis a aquel otro que contemplé en la amarillenta cartulina de una postal y que, hace mucho tiempo, se asustaba ante la posibilidad de introducirse entre dos filas de altísimos encapuchados.

Y, con él en la memoria, a la recogida de la Virgen, de cualquiera de las imágenes de la Virgen, que son broche de todos y cada uno de nuestros cortejos, acudid a la puerta de Santa María, y vuelto el trono hacia la calle, mecido por los hombros de los portapasos, cantad la Salve, esa Salve cartagenera que lleva cariño filial en sus notas... Cantadla como cuando se dirige uno a La Madre: Amorosamente.

Muchas gracias.



A handwritten signature in dark ink, which appears to read "Isidoro Valverde". The signature is written in a cursive style and is positioned over a horizontal line.

Esta publicación del Pregón de la Semana Santa, 1988
fue promovido por Tomás López Castelo
y realizado en Gráficas Novograf, S.A.
gracias al patrocinio de C.A.A.M.





Excmo. Ayuntamiento
de Cartagena



Caja de Ahorros
de Alicante y Murcia

